

INAUGURACION HALL MONS. ALFREDO SILVA SANTIAGO
CAMPUS SAN JOAQUIN
18.III.1999

El Campus San Joaquín ha ido cambiando poco a poco para tomar un aire de pequeña ciudad. Ya teníamos desde hace tiempo edificios de uso general que unifican las actividades, tales como la Biblioteca Central o las aulas Lassen. Sin embargo, ellos no estaban incorporados a un diseño urbano de conjunto. Hemos visto sin embargo alzarse el templo, surgir una plaza y acondicionarse una avenida central. Hoy, en ese mismo conjunto urbano central inauguramos el Edificio de Servicios Centrales Alfredo Silva Santiago. Tanto por su ubicación como por su destino el edificio contribuye a configurar este espacio que contribuye poderosamente a la unidad arquitectónica del campus.

Lleva el nombre de quien fue por catorce años Rector de nuestra casa.

Al inaugurar el edificio, más que explicar su funcionalidad, quisiera aportar un testimonio personal sobre el ilustre Rector cuyo nombre lleva.

Don Alfredo Silva Santiago comenzó su rectorado al tiempo en que yo estaba en los inicios de mi carrera docente, y eso me pone en una situación favorable para describir a grandes rasgos lo que significó su paso.

En 1953, debemos haber sido unos cinco los profesores full-time de la universidad. Cuando en 1967, terminaba el rectorado de D. Alfredo Silva Santiago, éramos más de ciento sesenta.

Pero mucho más impresionante que ese crecimiento cuantitativo, era el desarrollo interno de la universidad. En 1953, después de muchos esfuerzos ella se parecía aun mucho un gran colegio. Desde entonces ella vivió una época de intenso desarrollo.

En Medicina se afianzó la investigación científica, se enviaron numerosos becados incluso en ramos clínicos, se instaló, por primera vez con éxito en el país la cirugía de tórax. Estos avances liderados por el Decano Rodolfo Rencoret significaron un cambio cualitativo de la Escuela.

En Economía, se dio el paso audaz de implantar la economía científica, se realizó el convenio con Chicago, primero bajo la dirección de Julio Chaná, y luego con la dirección y la plena participación de un grupo de jóvenes ex -becados encabezados por Sergio De Castro.

En Arquitectura, el Decano Sergio Larraín trajo brillantes profesores extranjeros (recordemos a Josef Albers del Bauhaus, fugitivo de Alemania y la persecución política y racial). Se consolidó la Facultad adquiriéndose la hermosa casa que ocupa hoy en Lo Contador.

Ingeniería fue cambiada de raíz bajo el brillante decanato de Raúl Devés, iniciándose un enorme programa de perfeccionamiento e incremento del profesorado, e impulsándose la idea de este Campus San Joaquín.

Lo mismo aconteció en Agronomía bajo la dirección de Carlos Correa Valdés.

En pocos años la Casa Central se hizo absolutamente insuficiente para albergar a tanta iniciativa nueva, y Don Alfredo Silva Santiago asumió el deseo de sus directivos de acometer la empresa de San Joaquín, de este Campus, un Campus que no era en ese momento sino un proyecto en una chacra. Don Alfredo se puso a la tarea de un modo característico suyo con gran energía y sin aspaviento alguno, llegando a ver en funciones sus primeros edificios. Ni menciono numerosas iniciativas como la de la televisión u otras para no alargarme.

En esos años la universidad en la que había entrado como joven docente cambió en forma radical.

El esquema de la acción del rector fue siempre el mismo. Una firme y leal confianza a una persona o a un grupo destacado y creativo, mientras el Rector, inagotable en el trabajo, se mantenía en un modesto segundo plano.

Por eso es justo recordarlo, y recordar su inmensa obra en el corazón de este campus cuyo primer desarrollo fue impulsado por él.

Aquí recordamos:

Al sacerdote ejemplar, fiel hijo de la Iglesia a la que amó de todo corazón, a la que sirvió trabajando y padeciendo,

Al hombre de gran talento e intuición, capaz de hacer un inmenso esfuerzo sostenido sin esperar nada en cambio;

Al hombre capaz de sufrir en silencio sin hacer recriminación alguna, por el bien de las cosas que amaba;

Y al recordar sus méritos nos sentimos llamados a meditar en la paradoja de su vida que tiene una lección para todos nosotros.

Estamos aquí reunidos en el corazón del Campus San Joaquín, y somos por lo mismo vivos testigos de la fecundidad de la obra de Don Alfredo Silva Santiago;

Y fue esta misma obra la que se vio casi sumergida por una oleada de los tiempos, la que destruyó y purificó, hirió y dio nueva vida, y que fue para él una muy dura prueba.

Es el estilo del Señor de la Vida que nos da a todos la oportunidad de hacer algo que sea creativo y bueno, pero que en su misma bondad no nos permite quedarnos amarrados a nuestra propia obra, como si ella fuera de nosotros y no de El.